

Días tachados

Tomás Onaindía

Tal y como había previsto, esa noche no pudo dormir. Se levantó a las seis de la mañana y se vistió sin pasar antes por el baño. Una vez en la calle, se arrebujó en su abrigo aun sabiendo que cualquier intento por entrar en calor era inútil, porque el frío que sentía provenía de una barra de hielo que llevaba más de sesenta años instalada en algún lugar de su cuerpo. Era una barra muy huidiza, parecía cambiar de escondrijo con cierta frecuencia. Desde luego que los médicos, cada vez que le habían abierto en canal para sustituir las válvulas de su corazón por las de un desprevenido cerdo, o bien para extraerle las tres cuartas partes de sus intestinos, o para arrancarle un pulmón de cuajo, nunca habían dado con ella. Pero él estaba seguro de que seguía allí, irradiando púas heladas con la perseverancia de un reloj de arena. En el bar de su barrio se asombraron cuando le vieron aparecer a semejantes horas, y no tuvo más remedio que improvisar una mentira que sonó casi a disculpa. Solía frecuentar el lugar por las tardes; con el pretexto de comprar tabaco, permanecía un par de horas deambulando entre las mesas donde se libraban encarnizadas batallas a golpes de espadas y bastos. Él nunca participaba y, por descontado, tampoco consumía nada; con su estómago ulcerado y sus intestinos reducidos a escombros, era muy poco lo que podía roer, apenas cuatro verduras que la asistente se esforzaba vanamente en aliñar para alegrarle las comidas. Pidió un té, más por ganar algo de tiempo que porque tuviera la menor intención de tomar aquel brebaje; se limitó a rodear la taza con sus manos, dejando que el calor im-

pregnara su piel. En cambio, aspirar el aroma del café recién colado, eso sí era verdadero placer. Por un momento, estuvo a punto de pedir que le sirvieran uno, uno solo... y doble. Hacía años que no lo probaba. En su condición, era tanto como tomarse una copa de hierro fundido. Excepto que ahora ya no importaba lo que pudiera ocurrirle. No tenía que seguir cuidándose, siempre a la escucha de su cuerpo, atento a las señales de alarma que cada cierto tiempo estallaban en su interior anunciando una nueva vía de agua capaz de hundirle. Y no es que la muerte le asustara, al contrario. Lo que no soportaba era la idea de morir sin conocer la verdad. Ni los médicos ni su familia lograban explicarse el misterio de su resistencia. Una y otra vez había rebasado los plazos más optimistas que otros se habían tomado la molestia de fijarle hasta, prácticamente, sobrevivirse a sí mismo. Pero es que ellos no sabían, no podían saber que él tenía concertada una cita a la que por nada en el mundo iba a faltar. La cita era con un muerto. Sí, un muerto. Sonaba exagerado y hasta algo melodramático, pero no hay otra forma de expresarlo. Y después de sesenta años de paciente espera, el día por fin había llegado. Faltaban unas pocas horas para conocer la verdad. Rápidamente desechó la idea de pedir el café. No era cuestión de echarlo todo a perder estando tan cerca de alcanzar lo que, poco a poco, se había convertido en el objetivo de su vida. Se conformó con aspirar hondo y casi llegó a sentir el sabor del café. Eso era lo bueno de la vejez, que uno se contenta con poco. Para consolarse, encendió un cigarrillo; el tabaco era la única imprudencia que se per-

Oficio de escribir

mitía. Aunque ciertamente fumaba por vicio, también lo hacía por superstición. Consideraba que renunciar a su único placer en la vida sería tanto como retar a su suerte. Al menos tenía que darle una oportunidad al destino para acabar de una vez con él; de lo contrario, pensaba, lo haría por las buenas. Pagó el té, salió a la calle y se encaminó hacia el edificio de la Biblioteca Nacional. Había realizado ese mismo

trayecto miles de veces; de hecho, casi a diario desde que supo dónde encontraría la respuesta a su pregunta. Solía tardar una hora y media en llegar. Pero en esta ocasión su marcha era más lenta y el cansancio le obligó a detenerse y descansar varias veces. Los nervios estaban a punto de traicionarle; sentía calambres en las piernas y en el estómago y le dolía el pecho. Encendió otro cigarrillo, se acercó al borde de la acera y paró un taxi. Frente al edificio de la Biblioteca hay unos bancos de piedra sin respaldo. Allí se sentó. El viento helado paseaba a su antojo por la ancha avenida. Encogido, temblando, con la nariz humedecida goteando sobre el cuello de su abrigo, esperaba que abrieran las solemnes puertas de madera. Allí era donde todo había empezado. Un famoso escritor que acudía con cierta frecuencia a las salas de lectura para realizar consultas. Un joven abogado que preparaba oposiciones y que, todas las tardes, se refugiaba en la Biblioteca huyendo del firme taconeo de unos botines en el parqué, de una voz canturreando una romanza de amor, de una figura intuida a través del cristal esmerilado de la puerta del despacho (una figura hermosa y deseable a pesar de la deformación). Los dos hombres entablan una fugaz relación, llena de paternalismo por un lado y de admiración por el otro. La mujer no tarda en unírseles. ¿Y después? ¿Qué había sucedido



después entre el escritor y la mujer deslumbrada por su *panaché*? Una carta, anónima por supuesto, precisaba que lo peor. Pensó en encararse hombre a hombre, como suele decirse, con aquel individuo. Pero nunca tuvo la oportunidad. Falleció poco después, durante uno de sus frecuentes viajes por el extranjero. Sus novelas pasaron de moda y nadie volvió a hablar de él. Sólo quedaban sus papeles: un legajo de

cartas y, lo más importante de todo, quince tomos de un diario en el que, según se rumoreaba, cada noche anotaba cuidadosamente los sucesos del día, desde los más nimios hasta los más picantes. En su testamento había especificado que debían transcurrir sesenta años desde su muerte antes de poder revelar su contenido. En cuanto a enfrentarse con su mujer... Aquella era una simple pregunta imposible de formular, al menos para él. Aunque ciertamente temía oír la respuesta, aún temía más la humillación que suponía la propia pregunta, tanto para él como para ella. Una pregunta que desde entonces ocupó un lugar en sus vidas con la misma presencia que, por ejemplo, el armario que había heredado de su abuela: a donde quiera que fuesen, iba con ellos, a pesar de que no era más que un armatoste carcomido y maloliente. Años más tarde, su mujer había muerto; sin un reproche por su frialdad, pero sin pronunciar jamás una palabra sobre lo sucedido. Y también murieron todos los que de cerca o de lejos podían saber la verdad. Las puertas se abrieron y el anciano se incorporó. Con un andar singularmente seguro fue al encuentro de aquella esquiva respuesta, sonriendo al observar que lo único que de verdad le preocupaba en aquellos momentos era la posibilidad de que los ratones hubieran devorado las hojas de fino papel. **A**

Edgar Degas, *Cantante de café* (fragmento).